Las pródigas

Yolanda Zamora

♦♦♦

¿Adónde se fueron las mujeres de Colima? ¿Las chamacas que se deslizaron por la Piedra Lisa? ¿Las niñas ángel de los desfiles de Alejandro Rangel? ¿Las hormigas arrieras del Jesús Urzúa?

Salieron del Beaterio vestidas de manta y rojo, con la Guadalupana en punto de cruz sobre el pecho en procesión de silencio. Desfilaron por la Madero, pasaron frente al *Ceballos*, al jardín chiquito, a *La Marina Mercante*, a *La Colimense*, a *La Palma*, a la *Casa Chacón* y a la *Casa Barreda*, llegaron hasta el jardín Núñez para doblar luego a la izquierda, pasar frente a olores de jarcia de la *Casa de la Mora* y llegar hasta la Sangre de Cristo para hincarse dolientes a decir su adiós.

Se fue una, luego otra y otra más: Ruth, Lorenza, Beatriz, Katia, Lucina, Martha, Carmen, Norma, Elsa, Liliana, Verónica, Leticia... hasta que la ciudad quedó vacía de mujeres. Se echaron al seno un saquito de sal de grano para condimentar los caldos de sus hombres, hombres de más allá del mar, de más allá de Tecomán, de Santiago, de Manzanillo, de más allá de la ola verde de Cuyutlán...

El tiempo les borró los recuerdos, les vació las pupilas, les llenó las mentes de inteligencias extrañas que se confunden ahora cuando suenan las campanas de Catedral y se pasean ufanos los zanates por los portales de don Caco.

Una y otra regresan, y ya no se reconocen y tratan de recuperarse recogiendo sus pasos por la Filomeno Medina, por la Obregón, por el rumbo del Rey Colimán.

Tratan de recuperarse metiéndose una a otra en un cuento, enlistando recuerdos desvanecidos, decolorados por otro sol. Se tallan la cara con pañuelos bordados para limpiarse los gestos modelados con polvo y agua de distintos senderos; tierra roja, barro negro, arena blanca. Pero detrás de las máscaras... no hay rostros.

Se miran sin tocarse y les duelen los reolvidos. Sus hombres ya no vienen con ellas, les ha cansado el camino y quedaron capturados —estatuas de sal— en las playas de Sayula.

Regresan las mujeres a Colima, sin punto de cruz ni virgen a la espalda. Vienen llorando por la avenida Madero, cruzando el jardín de naranjos agrios. Vuelven las pródigas, las perdidas...♦